



« **Mi alma canta** la
grandeza del Señor »

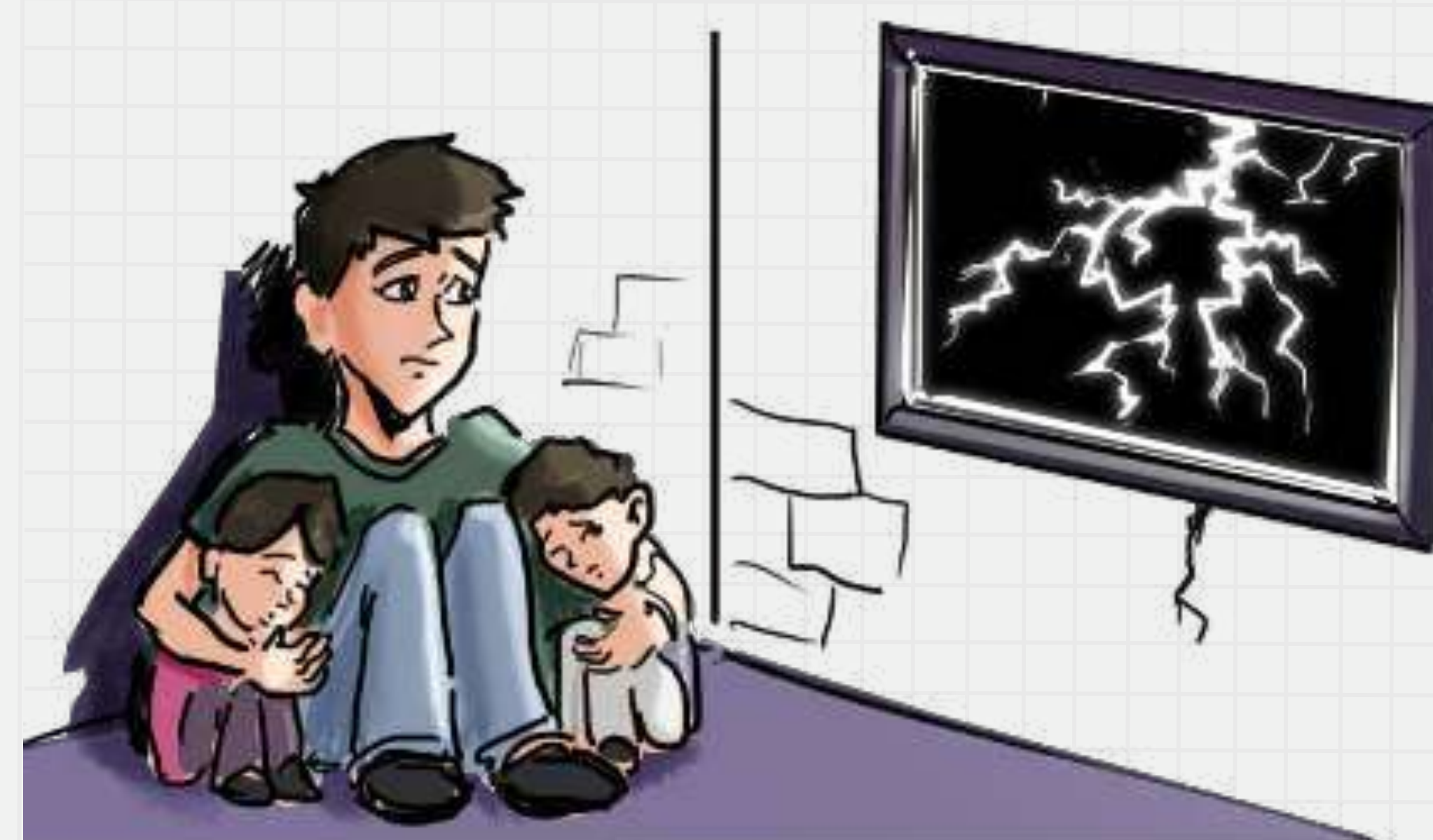
(Lc 1,46)

Esta Palabra nos invita a **redescubrir la alegría de Dios** en lo cotidiano: en las personas, en las experiencias, en los pequeños momentos. Podemos convertir nuestra vida en una alabanza, reconociendo cada día **las cosas hermosas que Dios hace por nosotros**.



En el Evangelio de Lucas vemos un encuentro muy especial:
María va a visitar a su prima Isabel, que estaba embarazada. Nada más recibir la noticia de que será la madre de Jesús, **María emprende un largo viaje para compartir su alegría** y ayudarla.

“ Durante un tifón muy fuerte, **nuestra casa empezó a temblar y me asusté**. Mi papá nos dijo que fuéramos al baño, que era el lugar más seguro. Allí rezábamos, convencidos de que Jesús y María nos escucharían. **Sentí que Dios nos protegía**: la casa solo sufrió algunos daños.



De este encuentro surge una oración preciosa: **el Magnificat**. «Magnificar» significa reconocer que **Dios es grande** y, a veces, podemos perder ese asombro.



Después, todo se volvió oscuro y teníamos miedo de que nos robaran. **Pregunté qué podíamos hacer**, y mi padre dijo: rezar más y estar atentos. **En aquellos días nos unimos más como familia y con Dios**. Leíamos el Evangelio, rezábamos juntos y ayudábamos a los demás.



Nos acostumbramos a rezar siempre igual, sin pensar mucho, y **la oración puede convertirse en algo mecánico, sin sentimiento**. Cuando ocurre esto, la fe se va apagando poco a poco.

Creía que sería aburrido vivir sin electricidad y sin las comodidades a las que estaba acostumbrado. En cambio, me di cuenta de que al conocer a la gente y quererla **se experimenta la alegría y la auténtica vida**. ”

C. Filipinas

